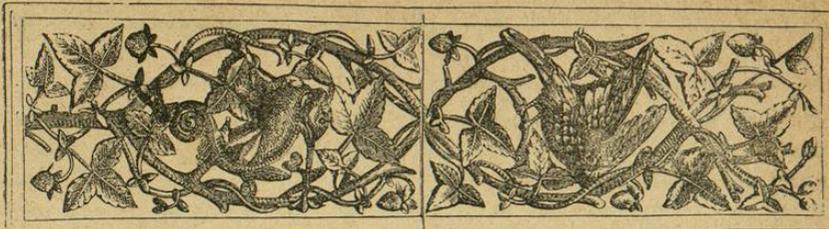


Sobre el mérito de sus composiciones poéticas, que fueron muchas, sus panegiristas del siglo XVII escribieron sendos trabajos y diósele el calificativo de «décima musa mejicana».

Las ediciones que de sus producciones se hicieron en España fueron varios y alcanzaron éxito, y eran leídas con avidez y fué colocada su autora en el Parnaso español como uno de sus mejores ornamentos.



JUICIOS CRÍTICOS

De Don Nicasio Gallego (1)

Puede asegurarse que las primeras obras poéticas que, por su variedad, extensión y crédito, merecen el título de tales, son las de Sor Juana Inés de la Cruz, monja de Méjico, en cuyo elogio se escribieron tomos enteros, mereciendo á sus coetáneos el nombre de la «Décima Musa», y contando entre sus panegiristas al erudito Feijóo. Y ciertamente, si una gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio bastasen á justificar tan desmedidos encomios, fuera muy digno de ellos la poetisa mejicana; pero tuvo la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo XVII, tiempo los más infelices de la literatura española, y sus versos atestados de las extravagancias gongorianas y de conceptos pueriles y alambicados, que estaban entonces en el más alto precio, yacen entre el polvo de las bibliotecas de la restauración del buen gusto.

De Don Enrique Olaverria (2)

Demostrado está que de sólo dos escritores de reconocida eminencia puede enorgullecerse la dominación colonial en Méjico: D. Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz. Aquél figura en uno de los primeros puestos del Gran Teatro Castellano, contándose entre los seis grandes dramáticos españoles. El autor de «La verdad sospechosa», es por demás conocido de mis lectores para que sea necesario decirles como nació en Tasco, ciudad que aún hoy figura en la República Mejicana. Sor Juana Inés de la Cruz, se mostró digna compatriota del primero en su deliciosa comedia «Los empeños de una casa», y sin el drama de amores que la indujo á profe-

(1) Prólogo á las obras literarias de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Madrid, imp. de M. Rivadeneira, 1869. Tomo I. pág. IX.

(2) *El Arte Literario en Méjico*, por don Enrique de Olaverria. Madrid: Espinosa y Bautista (1878). En 8.º



sar, coartándola en lo absoluto la libertad de escribir sus obras líricas que mal disfrazan con una rebuscada forma ascética los verdaderos sentimientos de su alma; hecha para la sociedad, no para el claustro, le señalaría uno de los más encumbrados puestos entre los clásicos españoles.

De Don José María Vigil (1)

Las citas que dejo hechas muestran de sobra, no sólo el genio profundamente filosófico de sor Juana, sino también la especie de filosofía á que la fuerza de su natural la inclinaba. En efecto, recorriendo sus obras se nota desde luego que aquel espíritu, á pesar de conocer á fondo todas las sutilezas de la escolástica, era eminentemente positivo. La claridad de aquella grande inteligencia se refleja en todas sus composiciones, notables por la sencillez de su expresión, por la diafanidad de las ideas, por la naturalidad del lenguaje, por el buen sentido que en ellas domina; cualidades todas que raras veces se encuentran aún en los prosistas españoles de aquella época. Esa claridad mal podía avenirse con las sutiles especulaciones de una fuerza metafísica. Analizando los hechos más insignificantes, fundaba en su constante observación la base de deducciones que le venían á revelar las leyes inmutables de la naturaleza. Esta actividad prodigiosa no se detenía ni aún en el sueño, durante el cual solía sentirse más libre que despierta, arguyendo, haciendo versos y sutilizando las cuestiones que más la preocupaban. Poco importaba que alguna prelada idiota la prohibiera toda ocupación literaria; ella encontraba en todas partes objetos de serias meditaciones; la cosa más insignificante, en el mezquino círculo que la rodeaba, ofrecía motivos para que su pensamiento desplegara sus alas de águila, yendo á perderse en un mundo de sublimes concepciones. Y esta necesidad de pensar era en ella tan imperiosa, que ni su propio esfuerzo era bastante á contrariarla, sucediendo que la actividad de sus ideas la consumiese más en un cuarto de hora, que el estudio de los libros en cuatro días.

Pero oigamos las críticas revelaciones que ella mismo hace: «Nada veía mi reflejo—dice—nada oía mi consideración, aún en las cosas menudas y materiales, porque como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el «mi fecit Deus», no hay alguna que no pase el entendimiento, si se considera como se debe. Así yo, vuelvo á decir, las miraba y admiraba todas, de tal manera, que de las mismas personas con quienes hablaba, y de lo que me decían, me estaban resaltando mil consideraciones: de donde emanaría aquella variedad de genios é ingenios, siendo todos de una misma especie; cuales serían los temperamentos y ocultas cualidades que lo ocasionaban. Se veía una figura, estaba combinando la porción de sus líneas, y midiéndola con el entendimiento, y reduciéndola á otras diferentes. Paseábame algunas ve-

(1) *Revista Europea*. Número de 1.º de octubre de 1876, página 433.



ces en el testero de un dormitorio nuestro, que es una pieza muy capaz, y estaba observando, que siendo las líneas de sus dos lados paralelas y su techo á nivel, la vista fingía que sus líneas se inclinaban una á otra, y que su techo estaba más bajo en lo distante que en lo próximo; de donde infería que las líneas visuales corren rectas, pero no paralelas, sino que van á formar una figura piramidal. Y discurría si será esta la razón que obligó á los antiguos á dudar si el mundo era esférico ó no; porque aunque lo parece, podía ser engañado de vista, demostrando concavidades donde pudiera no haberlas.»

«Este modo de reparos en todo me sucedía y sucede siempre, sin tener yo arbitrio en ello, que antes me suelo enfadar, porque me cansa la cabeza; y yo creía que á todos sucedía esto mismo, y el hacer versos, hasta que la experiencia me ha mostrado lo contrario; y es de tal manera esta naturaleza ó costumbre, que nada veo sin segunda consideración.»

Esto me ha hecho pensar que Sor Juana no solo fué superior á la época en que vivió, sino que hoy mismo, á pesar de los grandes progresos realizados, no habría podido encontrar un medio social á propósito para sus aspiraciones sino en un pueblo como los Estados-Unidos de América, los más próximos á resolver el problema de la emancipación de la mujer.

Por otra parte, nos parece que esta clase de consideraciones me absolutamente indispensables, para poder valorizar el mérito de las producciones literarias de nuestra poetisa. Sobre este particular, permítaseme una observación que, aunque no está de acuerdo con la opinión general de los que en esta materia se han ocupado, no emito, sin embargo, sino después de un maduro examen. Un crítico español, el Sr. Mesonero Romanos, ha dicho, por ejemplo, que es peculiar ó frecuente de sor Juana el estilo culto, metafórico y alambicado, que entonces se llamaba sublime, y que tan á la moda habían puesto Diamante y Cándamo, á quienes casi siempre llega á exceder en él. Pues bien; y nada hay más destituido de fundamento que semejante aserción, siendo verdad precisamente lo contrario, que en sus composiciones son muy pocas las faltas de buen gusto que la decadencia había introducido en el estilo literario, pudiéndose notar en lo general esa claridad de pensamiento, esa precisión de imágenes, ese lenguaje correcto y apropiado á la pasión que se expresa, y que caracterizan á los buenos escritores del siglo XVIII.

Como si la misma Sor Juana hubiese querido de antemano sincerarse de esta clase de inculpaciones, dejó entre sus obras el «Sueño», extensa imitación de Góngora, á la cual puede aplicarse en todas sus partes el juicio del crítico español que he citado. Pero esta imitación defiere tanto del resto de sus composiciones, que parece producto de diverso ingenio, sirviendo no sólo para probar su capacidad en manejar varios estilos, sino más especialmente para hacer resaltar las buenas cualidades del suyo propio, puesto que lo alambicado y metafórico sólo aparece cuando

se propuso imitar al fundador de una escuela que por tan dilatados tiempos ejerció la más perniciosa influencia en la literatura española.

No podría ser de otro modo si se atiende á que la admirable claridad del buen sentido es lo que forma el carácter más saliente de aquella privilegiada inteligencia. Entre sus numerosas composiciones poéticas pueden presentarse excelentes ejemplos, que demuestran la verdadera inspiración y facundia de una escritora que cultivaba con igual facilidad todos los géneros. Sus composiciones amorosas son modelos de de pasión, de ternura; de la más exquisita delicadeza. Nada de exajeración, nada de esta metafísica absurda con que se disfrazan á menudo la pobreza de la idea y la sequedad del sentimiento. La melancolía de la ausencia, el punzante dolor de los celos, las luchas, las contradicciones, la tristeza y el entusiasmo que forman el drama íntimo de un alma apasionada, todo está allí pintado con tal verdad, con tal colorido que es imposible sustraerse á la impresión que deja su lectura. Sus liras, sus redondillas, sus sonetos, sus romances, sus endechas, serían suficientes para formar una envidiable reputación literaria. Y cuando en nuestros días puede leerse con gusto por toda clase de personas, sin encontrar ni giros violentos ni locuciones oscuras é extravagantes, me parece que no puede darse una prueba más satisfactoria de que esas composiciones están muy lejos de adolecer de los defectos que les atribuye el crítico español.

No menos notables son las composiciones festivas, en las cuales resplandecen especialmente la agudeza y la travesura de su ingenio, cuya clara penetración le hacía ver todas las ridiculeces y extravagancias de la sociedad en que vivía. Entre estas composiciones hay algunos epigramas que pueden ser contados entre los mejores escritos en nuestro idioma. Véase de qué manera tan ingeniosa se burla de una fea que presume de bella:

«Que te dán en la hermosura
La palma, dices, Leonor.
La de virgen es mejor
Que tu cara lo asegura.
No te precies con descoco
Que á todos robas el alma,
Que si te han dado la palma
Es, Leonor, porque eres coco.»

La grande y bien merecida fama que llegó á adquirir nuestra poetisa, así en América como Europa, hizo que muchos ingenios le dirigiesen las más entusiastas alabanzas, sazonadas con extravagantes hipérboles, que eran tan del gusto de aquella época. Casi siempre Sor Juana contestaba á tales elogios en composiciones llenas de graciosos donaires que, sin ofender á sus admiradores, reducía á delicada burla los exajerados aplausos.

Dos comedias con sus respectivas loas y sainetes, «Amar es más laberinto» y los «Empeños de una casa», y tres autos sacramentales, «El divino Narciso», «El Mártir del Sacramento San Hermenegildo» y «El Cetro de Joseph», son las obras que nos quedan para juzgar del talento dramático de nuestra autora. Entre estas composiciones, la de más mérito y que más se acerca á la buena comedia, es seguramente la segunda, «demostrando—dice el crítico español antes citado—que á su claro ingenio y natural agudeza, no le estaban negados los caminos del buen gusto, y que si no fuera por la fascinación propia de la época en que escribía, no hubiera sido esta sola composición en la que hubiera dado á conocer su competencia para la dramático».

Este juicio, por lo demás, procede de la falsa apreciación que antes he hecho rotar acerca del estilo de la poesía mejicana, pues en todas sus composiciones, aun en aquellas cuyas formas han caducado enteramente, como los villancicos, las loas y los autos sacramentales, se encuentran trozos líricos admirables, diálogos de una fluidez y una viveza que los ponen al nivel de los mejores que posee el teatro español, y sobre todo, ese gran conocimiento del corazón humano, ese talento de inventiva para crear situaciones interesantes y para desarrollar y llevar á cabo una acción bien sostenida, cualidades que constituyen á un buen autor dramático.

De Garrido Estrada (1)

Las poesías de la madre Juana se dividen en sagradas y profanas; las primeras son loas, destinadas á celebrar la profesión de una religiosa, la consagración de un nuevo templo y otras solemnidades cristianas, y son un conjunto de villancicos, letrillas, seguidillas y de composiciones caprichosas, escritas sin duda muy descuidadamente en su mayor parte; y los autos sacramentales, pensados y compuestos con mayor atención y cuidado.

Los profanos son muy varios, como que abarcan desde el poema al romance, pasando por el drama lírico, la comedia, el sainete, el soneto, las endechas, las glosas y el epigrama.

Entre los sonetos, que no son pocos, se encuentran, á nuestro parecer, algunos de no escaso mérito.

Encontramos asimismo entre las composiciones tituladas «Liras», algunas de no

(1) *Poesías de Sor Inés de la Cruz*. Artículo en la *Revista Europea*, tomo 3.º, página 12.

mal gusto y de mucho sentimiento. Su extensión no nos permite transcribirlas, debiendo limitarnos tan sólo á copiar como muestra algunas estrofas de la escrita para dar encarecida satisfacción de unos celos.

Si esta escritora hubiese venido al mundo un siglo antes ó un siglo después de aquel en que nació, si hubiera podido escribir al comenzar el siglo XVII, teniendo como modelos las obras irrimortales de nuestros buenos padres, y no al finalizar aquél, en el que el gongorismo había conseguido eclipsar, aunque por breve tiempo, las imperecederas glorias de Jorge Manrique, Lope de Vega, Tirso y otros, probándose de tal modo que la decadencia de una nación se refleja, como en el espejo, en las bellas letras; ó si hubiera nacido un siglo después, al finalizar el XVIII, en que la reacción hacia el buen gusto y el descrédito del «cultísimo» eran ya completos; es, decíamos, para nosotros indudable que la madre Juana, aquilatado el buen gusto, hubiera dado constantemente digna aplicación á su imaginación, á su talento y á sus excelentes facultades poéticas.

Si encerrada en un claustro, lejos de la metrópoli de la monarquía y de las bellas letras, bebiendo en las turbias fuentes del gongorismo y siguiendo la desdichada corriente de su época que consideraba el cultismo como el «summum» de la perfección literaria, todavía la distinguida religiosa dió claras pruebas de buen gusto y escribe poesías que en nuestros días de ilustración y de delicada crítica se leen con delección y placer, séanos lícito afirmar de nuevo que la madre sor Juana Inés de la Cruz, colocada en diferentes y más favorables circunstancias, hubiera podido ocupar más elevado lugar en el Parnaso, del que, sin embargo, la consideramos por todos estilos merecedora. Tal es nuestra humilde opinión.

Del Conde de Casa Valencia (1)

Otra monja en lejanas tierras nacida y educada fué la última escritora notable en los tiempos de la dinastía austriaca. Nueva España, hermosa región, teatro de las hazañas del más grande y eminente de los conquistadores españoles de América, pagó antes que con la ponderada riqueza de sus minas con el peregrino ingenio de sus hijos, la predilección con que siempre la miró España, y sus perseverantes esfuerzos para llevarla á un alto grado de civilización y cultura. En Méjico vino á la vida el insigne poeta don Juan Ruiz de Alarcón, gloria de nuestro teatro, á quien imitó Corneille en alguna de sus comedias; en Méjico vió la luz el discreto Gorostiza, cuyas obras dramáticas se aplandieron con justicia en los años primeros del presente siglo; en Méjico y en 1651 nació la célebre sor Juana Inés de la Cruz, en cuyo elogio se escribieron con entusiasmo tomos enteros, contando entre sus panegiristas al

(1) Discurso del Excmo. Sr. Conde de Casa Valencia; leído en el acto solemne de su recepción en la Real Academia Española.

padre Feijóo. Ejemplo ofrece esta poetisa, más que otra alguna, de la exageración en la alabanza y en la censura de que adolece con frecuencia en nuestro país la crítica literaria. Llamáronla décima musa sus contemporáneos, y posteriormente se quiso hasta expulsarla del Parnaso. La verdad, como acontece en casos semejantes, se encuentra á igual distancia de esos dos extremos. D. Juan Nicasio Gallego, autoridad no recusable, reconoce en ella gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio, si bien añade que por tener la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo xvii, tiempo los más infelices de la literatura española, se ven sus versos atestados de las extravagancias gongorinas y de los conceptos pueriles y alambicados que estaban entonces en el más alto aprecio.

Del pervertido gusto de la época da suficiente testimonio el título de la tercera edición de las poesías de esta escritora, impresa en Zaragoza en 1792. «Poema de la única poetisa americana, musa décima, sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesora en el monasterio de San Gerónimo de la imperial ciudad de Méjico, que en varios metros, idiomas y estilos, fertiliza varios asuntos con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos y útiles versos, para enseñanza, recreo y admiración». Bien se advierte que fertilizar varios asuntos en varios metros, con sutiles versos, se debió escribir en el propio tiempo de decadencia en que se publicaban las «Gracias de la gracia» y «Saladas agudezas de los santos». Cultivó la monja mejicana la poesía dramática, y no carecen de mérito sus dos comedias «Amor es más laberinto» y «Los empeños de una casa», y los autos sacramentales «El mártir del Sacramento San Hermenegildo» y «El cetro de Joseph». Pero brillan más sus conocimientos y su número, en las poesías líricas que escribió en castellano, en latín y en uno de los dialectos que hablan los indios mejicanos; y es de notar, recordando su estado y su vida monástica, que casi siempre trató de asuntos profanos, y que sus villancicos, nocturnos y romances religiosos muy inferiores son á sus versos inspirados por mundanos afectos. Véase en qué términos pinta los tormentos de querer sin ser correspondida, y de ser amada por quien no merece sus favores:

Que no me quiera Fabio al verse amado,
es dolor, sin igual, en mi sentido;
más que me quiera Silvio abcrrecido
es menor mal, más no menor enfado.

¿Qué sufrimiento no estará cansado,
si siempre le resuenan al oído,
tras la vana arrogancia de un querido
el cansado gemir de un desdeñado?

Si de Silvio me causa el rendimiento,
á Fabio canso con estar rendida;
si de éste busco el agradecimiento,
á mí me busca el otro agradecida;

por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.

Un largo romance dedica á discurrir sobre los celos, del cual copiaremos algunos discretos conceptos:

Son ellos de que hay amor
el signo más manifiesto,
como la humedad del agua
y como el humo del fuego.

El que no los siente amando,
del indicio más pequeño.
en tranquilidad de tibio
goza bonanzas de necio;

que asegurarse en las dichas,
solamente puede hacerlo
la villana confianza
del propio merecimiento.

Para obtener celos basta
solo el temor de tenerlos;
que ya está sintiendo el daño
quien está sintiendo el riesgo.

Temer yo que haya quien quiera
festejar á quien festejo,
aspirar á mi fortuna
y solicitar mi empleo,

no es ofender lo que adoro,
antes es un alto aprecio
el pensar que deben todos
adorar lo que yo quiero,

El que es discreto, á quien ama
le ha de mostrar que el recelo
lo tiene en la voluntad,
y no en el entendimiento.

De Don Victoriano Agüero (1)

Razón había para que aquí, en Méjico la literatura careciese de vigor y brillantez, y disculpas sobradas para disipar los cargos que con este motivo se han

(1) *Galería de escritores Mejicanos contemporáneos*. Méjico, 1880.

formulado contra el gobierno colonial. La literatura española, modelo único de la americana, estaba á la sazón en igual grado de pobreza; había llegado para ella una época de terrible decadencia. Los ingenios del siglo xvi, Garcilaso y Francisco de la Torre; Fray Luis de León, Herrera y Rioja, Cervantes, Quevedo, Lope de Vega y el monje de la Merced, Tirso de Molina, habían pasado ya, dejando al mundo embelgado y al parecer atónito, y á sus discípulos sin ánimo ni fuerzas para lanzarse á los espacios en que ellos habían buscado la inspiración de sus inmortales escritos. efecto, los poetas españoles posteriores á la magnífica pléyade de los ¿Qué hicieron, en que acabo de citar? Imitar servilmente, con ninguna fortuna por cierto, las excelentes composiciones de éstos; corromper el gusto, el estilo y el lenguaje con el culteranismo de Góngora, falsear los atavíos necesarios y hasta el idioma, la significación propia de las palabras.—En Méjico, pues, cuya literatura, como ya he dicho, se alimentaba únicamente de aquélla, no podía dejar de sentirse la lamentable influencia consiguiente. Sin embargo, por dicha nuestra y para honor de nuestra patria, un grande ingenio, un verdadero portento, maravilla del siglo xvii, se abrió paso por entre los humildes poetas de la colonia para dar vida, animación y vigor á la modesta literatura mejicana: la célebre monja SOR JUANA INES DE LA CRUZ. Esta inmortal poeta, llamada por sus contemporáneos la «décima musa», brilla desde entonces con encendido esplendor en el cielo literario de Méjico, ella es, sin duda alguna, la que desde aquel tiempo hasta hoy ocupa el primer lugar en nuestra literatura por su genio incomparable, su vastísima erudición y las exquisitas galas de sus obras. Educada en el claustro y entregada allí, á su amoroso calor, á los apacibles goces del estudio, supo elevar se en alas de su imaginación privilegiada y poderosa á las regiones del verdadero saber y de la adorable virtud, produciendo en seguida páginas admirables de una belleza y profundidad indecibles. Sor Juana es, en mi humilde concepto, la madre de nuestra poesía, la fundadora de la literatura mejicana: antes de ella, según he dicho, apenas se habían dejado oír algunas débiles y tímidas vibraciones, ecos de las liras de los poetas de la Península, empapados, es cierto, en la más ardiente piedad religiosa, pero faltas absolutamente de esas galas deslumbradoras, de esos enérgicos atavíos que dan vida, á través de siglos de vicisitudes, á las creaciones del verdadero genio. No son perfectas las obras de Sor Juana, ni creo yo que puedan servir de modelo á la juventud estudiosa; empero es justo reconocer que ella se libró, hasta donde era posible, del contagio general del gongorismo. Al apagarse, pues, para siempre la luminosa y extraordinaria inteligencia de tan maravillosa mujer, todos los que en Méjico se sintieron con ánimo de pulsar la lira pudieron muy bien tomar sus obras como una brújula que seguir, como un modelo de imitar: y en efecto, todos procuraron explotar los asuntos que ella había explotado y expresarse como se había expresado. Nada consiguieron, sin embargo: sus imitaciones eran pálidas; sus pensamientos, sin lozanía ni vigor; su locución, confusa, viciada y hasta extravagante.

De Don Jesús Pando y Valle (1)

Es un error grave y de funestas consecuencias el no procurar dar á la mujer el privilegiado puesto que le corresponde en el concierto social. La mujer, ahora como siempre, ha sido el más poderoso elemento de la regeneración, la compañera inseparable del hombre, que le debe sus mejores días y no poca gloria, y ella como él, y acaso mejor que él, sabe sentir la belleza y el amor, y poniendo por escudo su virtud, domina el mal, atrayendo hacia el bien con sus gracias á seres extraviados.

De estas verdades es prueba irrecusable lo que en esta serie de artículos decimos, muy especialmente en este que, vamos á ocuparnos de la ejemplar é inspirada poetisa que nació en la alquería de Nepanthala, distante doce leguas de Méjico, á mediados del siglo xvii, llamada Sor Juana Inés de la Cruz.

La primera noticia que tuvimos de esta insigne escritora fué leyendo «La mujer», de Severo Catalina, cuando en su capítulo «Los extravíos» cita unas estrofas de aquélla, divinas, que nos obligaron á leer las crónicas mejicanas para conocer la historia de la reputada poetisa.

A pesar de lo retirada que se hallaba del mundo la bella Juana, se persuadió de que los ecos perdidos que llegaban á su habitación desde los salones de los virreyes, cuando se celebraban los saraos, y la atmósfera mundanal que la rodeaba, eran menos apropiado para el género de trabajos á que se dedicaba y á que tanta afición tenía, que los solitarios claustros, que la misteriosa y santa celda del convento; y se fué á respirar aire de clausura como ha dicho muy bien hablando de ella Fernández Guerra (D. Aureliano).

La gravedad de las costumbres monásticas, la sencillez de las vírgenes dedicadas á la oración, los suaves y melancólicos sonidos del órgano, al ser tocado por blancuísimas manos, á cuyos acordes se entonan los místicos salmos de David, inspiran al menos sensible; con cuanta más razón, pues, arrebatarían á la que desde su infancia había sido admiración de los que la conocían, por su imaginación florida y por la facilidad en el difícil arte de hacer versos.

Si antes de entrar en el monasterio había merecido de sus contemporáneos el dictado de Décima Musa, después de haber paseado los claustros, adorado las imágenes de sus altares y aspirado el perfume de las solitarias flores de sus jardines, bien merece llamarse Divina Musa. Y en verdad, sus trovas son celestes, puras, melódicas, insinuantes, y sólo pueden compararse con el Cantar de los Cantares.

En apartado retiro de su estrecha morada, en lucha constantemente con sus pensamientos y procurando sacar á salvo los fueros de la mujer, no sólo compuso poesías religiosas y profanas, sino que escribió magníficos artículos y eruditas cartas; de los primeros citaremos el que tituló «La vida monástica», y ya en el lema va in-

(1) *Mujeres célebres. Sor Juana Inés de la Cruz.* Artículo en el periódico madrileño *El Tiempo*.

dicado su objeto: en él, á semejanza de Santa Teresa de Jesús, da reglas á sus compañeras para resistir las tentaciones y combatir los inmoderados deseos. De las segundas, es decir, de las cartas, las más notables fueron las dirigidas al R. P. Don Antonio de Bieyra, acerca de un sermón del mismo, y otra á Sor Philotea de la Cruz; en ambas presenta de relieve sus dotes singularísimas para la literatura, su esquisito conocimiento del corazón humano y una vasta instrucción.

De la Baronesa de Wilson (1)

Sus obras encierran estética, consumado y sobresaliente ingenio que adoptaba todas las formas y traducía el caudal inagotable de la mente, por más que se observen algunos lunares y adolecen de la exageración y extravagancia que era propia de su tiempo y en todos los poetas apasionados é imitadores de Góngora y del «culturrismo»; pero aún así, tiene mérito inmortal.

De M. Menéndez Pelayo (2)

En tal atmósfera de pedantería y de aberración literaria vivió sor Juana Inés de la Cruz y por eso tiene su aparición algo de sobrenatural y milagroso. No porque esté libre de mal gusto, que tal prodigio fuera de todo punto increíble, sino porque su vivo ingenio, su aguda fantasía, su varia y caudalosa, aunque no muy selecta, doctrina, y sobre todo el ímpetu y ardor del sentimiento, así en lo profano como en lo místico, no solo mostraron lo que hubiera podido ser con otra educación y en tiempos mejores, sino que dieron á algunas de sus composiciones valor poético duradero y absoluto. Pocas son, á la verdad, las que un gusto severo y escrupuloso puede entresacar de los tres tomos de sus «obras», y aún estas mismas no se encuentran exentas de rasgos enfáticos, alambicados ó conceptuosos; pero así y todo, muy interesante volumen podría formarse con dos docenas de poesías líricas, algún auto sacramental como «El Divino Narciso», la linda comedia de «Los Empeños de una casa», y la carta al Obispo de Puebla, que sería admirable si se la aligerase de algunos textos y erudiciones extemporáneas. Con esto quedaría en su punto el crédito de la «Décima Musa Mexicana», y prevalecería el alto juicio que de ella formó el P. Feijóo contra la rigurosa sentencia con que, llevado de su rigorismo clásico, declaró D. Juan Nicasio Gallego, que «sus obras atestadas de extravagancias yacían en el polvo de las Bibliotecas desde la Restauración del Gusto.

(1) *América y sus mujeres.*—Barcelona, establecimiento tipográfico de Fidel Giró.

(2) *Antología de Poetas Hispano-Americanos* publicada por la Real Academia Española. Tomo I, Méjico y América Central.



No parece gran elogio para sor Juana declararla superior á todos los poetas del reinado de Carlos II, época ciertamente infelicísima para las letras amenas, aunque no lo fuera tanto, ni con mucho, para otros ramos de nuestra cultura. Pero valga por lo que valga, nadie puede negarle esa palma en lo lírico, así como á Bances Candamo hay que otorgársela entre los dramáticos, y á Solís entre los prosistas. No se Juzgue á sor Juana por sus símbolos y jeroglíficos, por su «Neptuno alegórico», por sus ensaladas y villancicos, por sus versos latinos rimados, por los innumerables rasgos de poesía trivial y casera de que están llenos los romances y décimas con que amenizaba los saraos de los virreyes Marqués de Mancera y Conde de Paredes. Todo esto no es más que un curioso documento para la historia de las costumbres coloniales y un claro testimonio de como la tiranía del medio ambiente puede llegar á pervertir las naturalezas más privilegiadas.

Porque la de sor Juana lo fué indudablemente, y lo que más interesa en sus obras es el rarísimo fenómeno psicológico que ofrece la persona de su autora. Abundan en nuestra literatura los ejemplos de monjas escritoras, y no solo en asuntos místicos, sino en otros seculares y profanos: casi contemporánea de sor Juana fué la portuguesa «sor Violante de Ceo», que en el talento poético la iguala y quizá la aventaja. Pero el ejemplo de curiosidad científica, universal y avasalladora que desde sus primeros años dominó á sor Juana, y la hizo atropellar y vencer hasta el fin de sus días cuantos obstáculos le puso delante la preocupación ó la costumbre, sin que fuesen parte á entibiarla, ni ajenas reprensiones, ni escrúpulos propios, ni fervores ascéticos, ni disciplinas y cilicios después que entró en religión ni el tumulto y pompa de la vida mundana que llevó en su juventud, ni la nube de esperanzas y deseos que arrastraba detrás de sí en la corte virreinal de México, ni el amor humano que tan hondamente parece haber sentido, porque hay acentos en sus versos que no pueden venir de imitación literaria, ni el amor divino, único que finalmente bastó á llenar la inmensa capacidad de su alma es algo tan nuevo, tan anormal y único que á no tener sus propias confesiones escritas con tal candor y sencillez, parecería hipérbole desmedida de sus panegiristas. Ella es la que nos cuenta que aprendió á leer á los tres años: que á los seis ó siete, cuando oyó decir que había Universidades y Escuelas en que se aprendían las ciencias, importunaba con ruegos á su madre para que la enviase al Estudio de México en hábito de varón: que aprendió el latín casi por sí propia, sin más base que veinte lecciones que recibió del bachiller Martín de Olivas. «Y era tan intenso mi cuidado (añade), que siendo así que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes é imponiéndome ley de que si cuando volviese á crecer hasta allí, no sabía tal ó cual cosa que me había propuesto desprender en tanto que crecía, me lo había de volver á cortar en pena de la rudeza... que no me parecía razón que estuviese vestida de cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que eran más apetecible adorno.»

En el palacio de la Virreina, donde fué «desgraciada por discreta y perseguida



por hermosa», sufrió á los diez y siete años examen público de todas facultades ante cuarenta profesores de la Universidad, teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, humanistas, y á todos llenó de asombro. Su celda en el convento de San Jerónimo, fué una especie de Academia, llena de libros y de instrumentos músicos y matemáticos. Pero tan continua dedicación al estudio no á todos pareció compatible con el recogimiento de la vida claustral, y hubo una prelada «muy santa y muy cándida (son palabras de sor Juana), que creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase: yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto á no tomar libro: en cuanto á no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer; porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal.»

